

Jorge Basadre o la voluntad de persistir

*"Por más solo que esté ahora, no lo estará tanto como acá"
J. Basadre, "Escolio a José García Calderón" en Equivoca-
ciones. Lima, 1928, p. 31.*

HACE apenas unos meses Basadre publicó su último libro dedicado al estudio de los mecanismos electorales utilizados por el Estado oligárquico. El proyecto original implicaba una profunda renovación de nuestra historia política con el empleo de un amplio material cuantitativo que sería procesado mediante computadoras pero irónicamente, el historiador de la república, no encontró el financiamiento necesario para llevar adelante su proyecto y el libro en cuestión acabó en lo que vendría a ser un informe preliminar; aparentemente la investigación quedó inconclusa.

La anécdota puede ser reveladora del abandono —por parte del Estado y las instituciones privadas— de la investigación social en el Perú. Basadre recibió en los últimos años de su vida algunos tardíos homenajes pero en cambio quienes ahora reclaman su nombre, no prestaron la atención necesaria a sus proyectos de investigación.

La sobriedad de Jorge Basadre se hubiera incomodado con estas referencias, por eso interesa más llamar la atención sobre otro aspecto de la anécdota: Basadre seguía investigando persistía como historiador, no era un jubilado. Con su obra realizada hasta 1968 —fecha de la última edición de su **Historia de la República**— cualquiera hubiera podido considerarse

satisfecho y optar por el retiro de una actividad fatigosa y que a la postre reportaba escasos beneficios.

Pero ocurre que para Basadre, historia y vida —recordando el título de uno de sus libros— se confundían y se entremezclaban: ante todo fue un historiador un hombre apasionado con su oficio que nunca perdió el entusiasmo por la formulación de problemas, por la acuciosa lectura de los testimonios y por el ejercicio de recrear el pasado interpretándolo. La prueba es cómo esa historia aparentemente gris y tediosa que transcurre a partir de 1821, termina adquiriendo variadas tonalidades en sus páginas; Jorge Basadre mantenía una renovación metodológica permanente porque a diferencia de otros contemporáneos suyos, él nunca detuvo sus lecturas en una fecha (1930 ó 1945) sino que por el contrario buscó mantenerlas al día. En su último libro cita el estudio reciente de Perry Anderson, *The Antinomies of Antonio Gramsci*, que recién comienza a ser conocido entre los jóvenes científicos sociales. No era una excepción o un descubrimiento casual, porque quienes pudimos aprovechar de sus enseñanzas, sabíamos que nadie como él estaba informado de los avances de la historia económica norteamericana o de las sofisticaciones francesas en el terreno de la historia de las mentalidades.

Su información era igualmente detenida sobre las nuevas investigaciones históricas que se realizaban en el país. Siguió con verdadero entusiasmo juvenil la imagen polémica que sobre el problema nacional en la Guerra del Pacífico proponía Heraclio Bonilla y leyó también las réplicas y críticas de Nelson Manrique, con la intención de preparar un texto y terciar en el debate.

Años antes, cuando el mismo Bonilla conmovió a los ambientes más conservadores de la historiografía tradicional con un ensayo sobre la independencia, Basadre se negó a participar en las condenaciones reaccionarias y a diferencia de quienes sólo esgrimieron adjetivos, terminó escribiendo un libro don-

de puntualmente discutía las tesis de Bonilla, las contrastaba con los nuevos aportes bibliográficos y proponía interpretaciones muchas veces sugestivas: nos referimos a **El Azar en la Historia**.

Basadre se había alejado del marxismo de sus primeros años. No era ya un historiador marxista. Pero de ninguna manera se lo puede presentar como un conservador o un reaccionario: en diversas ocasiones supo dar clara muestra de su independencia. No hace mucho tiempo, cuando precisamente un equipo de economistas neo-liberales intentó recomponer ideológicamente a la derecha peruana a partir de un simposium sobre la supuesta "economía de mercado", Basadre terminó excusándose de participar en la clausura de esa reunión. Pero que se distanciara de la derecha no significa que hiciera causa común con la izquierda.

El origen de esta situación está en los años 30. Hasta entonces el joven Jorge Basadre se había aproximado al marxismo: en las páginas de **Amauta** asumió una nítida postura antimperialista como consecuencia de la cual, el gobierno de Leguía clausuró momentáneamente la publicación y bajo el pretexto de complot comunista, detuvo a Mariátegui, a los principales dirigentes obreros y no faltaron algunos intelectuales confinados en San Lorenzo, entre los que estuvo Basadre. El hecho no lo amedrentó y dos años después, frente al propio Leguía, entonces todavía en el usufructo pleno de sus poderes, Basadre pronunció ese célebre discurso de orden en la Universidad de San Marcos donde evocó el papel decisivo de las multitudes en la historia peruana. Indudablemente Basadre era un colaborador de **Amauta**, un contertulio de Mariátegui en la casa de Washington izquierda y un hombre que compartía en lo esencial el proyecto de repensar el marxismo en función del problema nacional en el Perú. Pero, muerto Mariátegui, la confluencia entre socialismo y nación deviene prácticamente

en una contraposición; en cierta manera se termina configurando una disyuntiva.

Para Basadre, como para otros intelectuales de su generación, la cuestión nacional era un problema vital: había nacido en Tacna, en pleno período de ocupación chilena, intervino después en las gestiones diplomáticas del plebiscito, de manera que entre su pasión por la Historia y su temprana conciencia nacional acabó produciéndose una simbiosis.

Después de la muerte de Mariátegui, el nuevo estilo introducido por Eudocio Ravines y la III Internacional caracterizado por la proletarización extrema de los cuadros, el menosprecio de los intelectuales (“todo pequeño burgués es un traidor”) y el relego de la conciencia nacional en favor exclusivo de la táctica de “clase contra clase”, tuvo que alejar del marxismo a Jorge Basadre. Ni siquiera será un “compañero de ruta”. El estalinismo y las purgas lo alejaron todavía más.

Discrepando con los comunistas, persistiendo en su ruptura con la oligarquía, aparentemente sólo le quedaba el camino aprista, pero ocurre que desde temprano —al igual que a Mariátegui— le resultó intolerable el “caudillismo” de Haya de la Torre; no dejó de percibir ciertas similitudes entre el aprismo y el fascismo, de manera tal que no aceptó la invitación de Luis Alberto Sánchez a incorporarse en las filas del P.A.P.

No viendo ninguna opción verosímil en el horizonte, decidió partir, dejar el país para mejorar su preparación profesional, adquirir algunos rasgos cosmopolitas y adiestrarse en nuevas técnicas de investigación. A la postre su independencia, en un país que se fue rechazando después de la derrota popular en 1931 y en 1932, no pudo evitar que se atenuaran algunos planteamientos de su juventud y admitió algunas conciliaciones con la oligarquía de ese entonces.

Viene a la memoria el ejemplo de quienes persistieron en el marxismo y en las filas del comunismo, obligados a desarrollar una dificultosa doble vida como militante y como investigadores (a la postre ambas se entorpecían) o a desechar cualquier empresa intelectual en nombre del partido (fue la opción heroica de Oquendo de Amat, por ejemplo). Pero no es fácil desarrollar una empresa intelectual desde la independencia y el aislamiento. A propósito de Francisco García Calderón, el propio Jorge Basadre ha reflexionado sobre los avatares de la "inteligencia" no condicionada. En el caso de García Calderón, su imposible articulación con algún proyecto oligárquico, derivó en un paulatino alejamiento de los temas peruanos y luego en un abandono de la propia escritura, hasta terminar en la erudición privada, exhibida sólo en alguna conversación ocasional.

Basadre, por el contrario, a pesar del aislamiento de clase, no obstante no ser un "intelectual orgánico", no se refugió en la obra erudita destinada sólo a los especialistas, sino que prolongó desde su juventud hasta su edad madura ese ambicioso proyecto de proporcionar a los peruanos una imagen de su historia contemporánea que siendo a la vez una obra de paciente investigación, fuera realizada sin el recargo de notas o artificios bibliográficos, de manera que estuviera tanto al acceso del profesor como de los alumnos.

Una historia de los peruanos destinada a los peruanos, a los propios protagonistas. Entonces, lo que nos asombra de Basadre, la mejor imagen que podemos retener de él, es esa voluntad de un intelectual solitario que no dejó de percibir la dimensión colectiva de su oficio: que la historia no era sólo asunto de historiadores sino que por el contrario la memoria era una necesidad colectiva.

En esta actitud radica su vigencia y su mayor proximidad con el pensamiento de izquierda en el país. El hombre obsesiona-

do por el problema nacional que termina su carrera intelectual publicando un libro sobre el Estado, resumió sus aspiraciones políticas con estas palabras: "Organizar el Estado sobre la Nación: he ahí el ideal". Evidentemente no era un pensamiento conservador. En una ocasión anterior, compendió su biografía en los siguientes términos: "A la larga, lo que importa, en la vida y en la obra es ser uno leal consigo mismo, proceder de acuerdo con el fondo 'insobornable' que todos llevamos dentro."

ALBERTO FLORES GALINDO

ooo

Este número de Allpanchis está dedicado a discutir, desde perspectivas diversas, las relaciones entre José Carlos Mariátegui y la cultura andina. En la formulación del pensamiento de Mariátegui, por lo menos tan importante como la experiencia y las lecturas europeas, fue la vinculación con los temas y los intelectuales provincianos. En el Perú durante la década de 1920 existía una prolífica vida intelectual provinciana que tuvo, entre otros centros de irradiación, al Cusco desde donde se ejercía el magisterio de Luis E. Valcárcel, a Puno con la actuación del grupo Orkopata y a Jauja, donde aparecían jóvenes intelectuales como Moisés Arroyo. Desde luego que estas relaciones no siempre fueron armónicas y no pudieron faltar algunas discrepancias, como por ejemplo al momento de valorar el regionalismo.

Iniciamos una nueva sección de la revista que bajo el título de Nuevas Perspectivas ofrecerá adelantos de investigaciones, como el estudio de Jan Szeminski sobre las categorías sociales durante la revolución tupamarista y el proyecto de Luis Glave acerca de la historia regional cusqueña.

Esperamos que estas páginas escritas a propósito del fundador del marxismo peruano pero por autores de posiciones ideológicas y metodologías diferentes e incluso antagónicas, sean un adecuado homenaje a Jorge Basadre, nuestro historiador de la república.